

Año nuevo... señal de que ha pasado otro. Y ha pasado, como es la más perogrullesca verdad del mundo, dejando contentísimos á unos pocos, desesperadísimos á los más.

Lo cual no es alusión al resultado de la lotería, ni al cambio de ministerio, sino que está en la naturaleza de las cosas humanas, y aun de las extra humanas.

Por algo se ha dicho que nunca llueve á gusto de todos, bien que por otra parte conviene que así sea, pues no hay nada más monótono que la unanimidad.

En el mundo tiene que haber siempre división de plaza; es fatal, como hay día y noche y verano é invierno; como hay Demócritos y Heráclitos, y Césares que ríen cuando lloran los Pompeyos.

¡Qué risotadas las de los sílvolo mauristas, mientras los sagasto moretistas estarán haciendo pucheros, al contemplar estos «puestos á la lumbre con agua sola»!

Contraste que se ofrece también en nuestro Teatro Real, de cuyo «local» ha sido expulsado ignominiosamente Wagner para que vuelvan las cosas á su primitivo ser y estado, esto es, al tiempo de los polacos, cuando D. Práxedes, siempre ingenioso, acababa su carrera de ingeniero.

El Teatro Real no ha querido hacer como las ciencias; no está por barbaridades, y de ahí su horror al adelanto.

Está visto que el Sr. Arana presentía á Silvela, que no ha tenido más que ajustar su programa al del susodicho empresario.

Y mientras los wagneristas rabian de furor, los donizetistas, bellinistas y travattistas rabian también, pero de puro aplaudir.

Es de esperar que el ejemplo del Real no caiga en saco roto y que volvamos *in totum* al tiempo de la cuarta serie de los *Episodios Nacionales*.

¡Qué placer el de redimir! ¡Qué dicha la de negar la sucesión de los tiempos! Y sobre todo ¡qué originalidad la de imitar la andadura del cangrejo en pleno siglo del *cien por hora*! ¡Atrás el automovilismo! ¡Vivan los Puritanos y el coche de colleras!

La feliz inventiva de nuestra raza se muestra también en la luminosa idea que han tenido algunos de publicar nuevos periódicos. Se anuncia, en efecto, la próxima salida de tres ó cuatro «órganos» más.

Es «una necesidad que se dejaba sentir», y cada uno de ellos «llenará un vacío», á menos de que el vacío no haga estragos en él.

En un país de 12 millones de analfabetos, la multiplicidad de periódicos es tan lógica, como si no saliera ningún diario en Suecia y Noruega, donde hay un analfabeto por cien habitantes.

Verdad es que nuestros periódicos, por las materias que suelen contener, están al alcance de todas las entendederas, si hay uno que sepa leer y los lea á los demás.

El crimen de hoy, *El suicidio de ayer*, telegramas de corridas y reseñas de estrenos del género chico son «la base» de la ilustración. ¡No podrán quejarse los futuros investigadores de falta de noticias literarias! La Cecilia, la Celedonia, la esta y la otra, con esotros y aquellos han llenado centenares de columnas, que los lectores han devorado como si se tratara de un cesante soltado en el escaparate de Lhardy. Todo lo cual contribuye tanto al lustre de la patria como los académicos de la Española, salvados ó tres, á limpiar, fijar y dar esplendor al idioma de Cervantes y Carulla.

Correlativamente con la creación de esos diarios nuevos, tendremos también marina. El Sr. Sánchez Toca (no el comandante del *Colón* que se fué *ad patres* en los Bajos Colorados, antes del otro *Colón*, immortalizado en Santiago de Cuba, sino su hermano) actual ministro del ramo, se ha propuesto que volvamos á tener barcos de guerra, y mucho será que no consiga se vote el dinero que habrá de costar la idea.

Y el país aplaudirá, ó por lo menos, parte del país, el que ha declarado que el mejor general era Weyler.

Como de preguntarle quien era el mejor marino, hubiera dicho que Cervera ó Montojo, —Montojo el de Manila.

ARGOS



## LOS REYES

Conste, ante todo que eso de *reyes* es un decir. Todo induce á creer que los tres ilustres personajes de que se trata eran *magos* ó sabios, lo cual no disminuye en nada la importancia de los mismos. Reyes ó magos, ello es que los llamados Melchor, Gaspar y Baltasar se encaminaron á Belén, guiados por la Estrella, desde muy distintos puntos, que bien podrían ser la India, la Grecia y el Egipto, simbolizados en el oro, la mirra y el incienso.

El hecho de acudir á rendir parias al misterioso niño nacido en abandonado pesebre unos varones de tan alta representación hubo de decidir á Herodes á llevar á cabo la bárbara matanza de los inocentes, de la que pudo escapar la Sagrada Familia gracias á la revelación que tuviera en sueños San José, el venerable Rabbi de Nazareth.

La fiesta de la Epifanía tiene entre nosotros un doble carácter: infantil y oficial. Los niños esperan con ansia á que amanezca para recoger lo que les han regalado los *Reyes*, dejándolo en los zapatitos puestos al balcón; y no hay desengaño más amargo, desilusión más dolorosa que la del pobrecito á quien los reyes no le han traído nada... ¡Ni un pedazo de pan para acallar su hambre, ni una camisa para remediar su desnudez! En cambio los niños que tienen la virtud de ser ricos pueden gozar lo indecible con el arsenal de juguetes y golosinas que los augustos viajeros han depositado en los marmóreos balcones de sus moradas suntuosas.

El otro carácter de la festividad de los Reyes es mucho menos interesante: consiste en el visiteo de las autoridades, que se desean en este día, con el solemne retraso inherente á las cosas del Gobierno, feliz Año Nuevo. Cuestión de coches, pagados por los que van á pie, de condecoraciones, uniformes y flexiones de espaldas.

Desde otro punto de vista, señalan los reyes una fecha harto desagradable: es el último día de las vacaciones de Pascuas, y no admite espera la vuelta á clase.

Esta festividad es una de las que han dado más contingente á la literatura; desde la *Noche de Reyes* de Shakspeare al más macarrónico romance sentimental son á millares de millares los dramas, comedias, cuentos y poesías inspirados en lo que pasa en los hogares, con ocasión de la creencia en los regios presentes de Melchor y sus compañeros. Como el tema está ya gastadísimo, tal vez convendría que el señor gobernador publicara un bando, prohibiendo insistir en el asunto, quedando así abolida esta costumbre, como lo ha sido la de ir á recibir á los Reyes.

Y aquí dan fin las fiestas iniciadas el día 21 del próximo pasado, que por lo tanto duran lo bastante para que cualquier Quevedo pudiera escribir otros *Grandes Anales de* quince días, ya que no son flojos los acontecimientos que en este breve período se suceden: ¡es el tiempo del Gordo, en efecto! de ese gordo por culpa del cual, si engordan algunos, enflaquecen «la inmensa mayoría». Es también el tiempo del *Balace*, del terrible balance, que tantos temen, y que á tan escaso número de afortunados deja satisfechos. Y así se pasan los años, y así se renueva la cría de los pavos y la elaboración de los turrones.

A. O.





## OFENSA GRAVE

Rafael Obeda se hallaba en su despacho, sentado á su mesa escritorio y ante una carta abierta en la cual fijaba tenazmente los ojos, mientras el pensamiento volaba lejos de aquel reducido espacio.

La lectura de aquella carta produjo en el ánimo del joven tristísimo efecto; su corazón recordó dichas que fueron; esperanzas perdidas; muertas ilusiones; en tanto que en el fondo del alma despertábase mal apagados amores, cuya historia renacía en un instante de entre las cenizas del pasado.

El desventurado joven sirvió en otros tiempos como empleado en una capital de ínfimo orden, y allí conoció á un hombre y á una mujer, cuyo entrañable afecto interesó vivamente su corazón, encadenó su alma después, y más tarde llegó á ser una verdadera necesidad de aquel espíritu amante y delicado.

El hombre, un médico experto, franco y llanote, tan enjuto de cuerpo como ancho de alma, fué para Rafael un verdadero amigo, casi un hermano cariñoso y bueno. La mujer, hija única de un ricachón palurdo y brutote, fué tiernísima amante para el modesto empleado que llegó á ver en ella la esperanza de una dicha perdurable é inmensa.

La amistad de Eduardo y el amor de Carmen llenaron por completo el corazón de aquel joven que pensó no separarse nunca de aquellos dos seres que constituían su felicidad.

Pero vino el ascenso, tan deseado como temido, y el pobre empleado tuvo que marchar á otra provincia alejándose de su amante y de su amigo con tristeza en el corazón y llanto en los ojos.

Pasó el tiempo, y con la ausencia, aquellos afectos que parecían tan firmes, fueron cediendo, debilitándose poco á poco, hasta borrarse casi por completo, con gran desesperación del pobre empleado, cuyo corazón herido lloró amargamente la tierna amistad perdida y el entrañable amor muerto.

Si algún resto de esperanza acariciaba aquel pecho entristecido, si alguna duda podía caber en aquel espíritu conturbado, la carta que Rafael leía y releía, vino á matar la esperanza y á disipar la duda, cayendo como maza de hierro, pesada y dura, sobre aquel corazón amante.

La carta aquella era de Eduardo: el amigo querido, rindiendo culto á su habitual franqueza, escribía lisa y llanamente, que su familia y la de Carmen se habían empeñado en casarlos.

«Carmen y yo,—decía Eduardo,—hemos resuelto atenernos solo á tu consejo, que uno y otro creemos ha de ser tan desinteresado como noble, siendo tuyo. Yo por mi parte,—agregaba,—fío en tu amistad, y de ella espero, que, con la franqueza que me te hablo, me digas si hago bien en unir mi suerte á la de una mujer cuyas condiciones debes tú conocer mejor que yo puesto que ha sido tu novia mucho tiempo.»

Mil veces había cogido Rafael la pluma para contestar á su amigo, y tantas otras habíala dejado, triste é indeciso, como si al escribir fuera á pronunciar su sentencia de muerte.

Pero la nobleza se impuso, triunfó la hidalguía y dominando los impulsos de su corazón desgarrado, desoyendo los gritos de su alma herida. con mano firme cogió de nuevo la pluma y sobre el papel la hizo correr veloz y segura, patrocinando y aconsejando aquella unión.

«Este casamiento,—terminaba diciendo Rafael,—conviene á todos, y ninguno de vosotros debe rehuirle, porque con él se benefician los intereses de ambas familias y se fomentan los del pueblo.

«En cuanto al requerimiento que haces á mi amistad, con leal franqueza he de decirte que apenas conozco á Carmen, porque las mujeres no se dejan conocer tan fácilmente. Creo, sin embargo, que ésta puede hacer feliz á un hombre como tú cuya felicidad consiste en estar metido en casa sin más relación con el mundo exterior que las recetas que firmas para los pocos enfermos que visitas por caridad.

«Carmen no es guapa: pero es muy agradable, y posee un corazón bondadoso avalorado con un ca-





rácter dulce y tranquilo que te hará olvidar la falta de instrucción de una mujer nacida en el campo y para el campo criada.

«Esto es cuanto noblemente puedo decirte; cástate y sin escrúpulo y pronto, y sé tan feliz como yo te deseo.»

Pasó el tiempo, y la carta de Rafael quedó sin respuesta.

Tentado estuvo el joven de escribir de nuevo, pero contóvole el natural temor de que el silencio de Eduardo fuese premeditado á hijo de una modestia tan infundada como extraña en quien adoraba la franqueza, con franqueza trataba á todo el mundo y franqueza pedía siempre y en todas partes.

Tan obstinado silencio, tan extraña conducta, fué motivo de gran disgusto para Rafael, quien llegó á recriminarse por haber dicho con tanta llaneza lo que su corazón sentía.

Pensando de este modo vagaba Rafael cierto día por las calles, cuando sintió que le abrazaban por las espaldas, mientras una voz recia y sonora gritaba:

—¡Rafael!

—¡Pepe! —exclamó éste reconociendo á su interlocutor. —¡Cuánto celebro verte!

—¡Y yo también, hombre!

—¿Tú por aquí?

—He venido á hacer unos encargos y me voy en el tren de esta tarde.

—Y ¿qué tal por el pueblo?

—Lo mismo, chico.

—¿De veras?

—Aquello no cambia por nada del mundo. Las mismas costumbres, los mismos usos, la misma vida. Si vienes ahora, ten por seguro que hallarás las mismas personas que ya conoces, pensando como pensaban antes, procediendo como siempre, obrando de igual modo, sin variaciones de ninguna clase, sin modificación de ninguna especie.

—¿De modo, que todo está igual, como dicen en la zarzuela?

—Solo puedo darte noticias de una novedad que nos impresionó durante algunos días.

—¿Cuál?

—Que tu gran amigo Eduardo se casó con Carmen, tu antigua novia.

—Lo presumía.

—Parece que lo digas con sentimiento.

—No te falta razón: porque siempre da sentimiento perder una buena amistad, un afecto que uno consideraba sincero y creía inmenso.

Y Rafael leyó á su amigo la carta de Eduardo, y le informó de su contestación exponiéndole, al propio tiempo, su disgusto por la conducta que con él se observaba.

—Ahora, —terminó diciendo, —te ruego que procures averiguar la causa del desvío de Eduardo hacia mí, pero sin que ni él ni Carmen sospechen lo más mínimo.

Prometiolo así Pepe, y ambos amigos se separaron reiterándose su inquebrantable afecto.

A los pocos días recibió Rafael una carta de Pepe, concebida en estos términos:

«Tus temores se han confirmado y con creces, pues no solo has perdido la amistad de Eduardo, sino que te has granjeado el odio de Carmen.

«Eduardo sigue estimándote como á un buen amigo, pero no te lo demostrará nunca porque no hace más que lo que su mujer quiere, ya que ella lo domina por completo.

«Carmen no ha querido ser franca conmigo, pero he creído entrever en sus palabras que aun te quiere un poco, y no esperaba nunca que tú aconsejaras su casamiento con Eduardo.

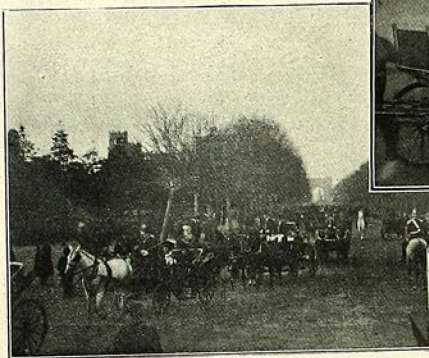
«Esto, sin embargo, te lo dispensa, y se resigna con su suerte; pero lo que no dispensa ni dispensará jamás, son aquellas palabras de tu carta: «Carmen no es guapa», que me ha enseñado hecha una furia y dando muestras de un odio africano.

«La has llamado fea, y esto es una ofensa grave que ninguna mujer olvida ni perdona.»





## LAS FERIAS DE SANTO TOMÁS



DESFILE DE CARRUAJES EN EL PARQUE



DE GRAN GALA

riqueza con que cuenta, lo cual no significa en manera alguna que dejen de existir en ella la pobreza, y aun la miseria, en harto excesivas proporciones. Lo que sucede, es que, como en otras populosísimas capitales, el fausto eclipsa el sombrío fondo del malestar social.

Dos cosas, sobre todo, descuellan en estas ferias: el lujo de las joyerías y el aparato gastronómico desplegado en los cuatro puntos cardinales. En este último concepto bien puede decirse que Barcelona aparece transformada en un paraíso culinario, de igual manera que desde el punto de vista de la joyería resultarían pálidas a su lado las más celebradas tiendas de París, Londres y Nueva York.

No hay exageración en ello: el espectáculo de la calle de Fernando, con sus cinco mil luces eléctricas, dispuestas en guirnaldas y los dos soberbios medallones esmaltados suspendidos en sus dos extremos no ha tenido hasta ahora igual en parte alguna. Por la noche, la calle de Fernando queda convertida real y literalmente en un ascua de oro, que ciega y aturde. El que ve aquello queda por un momento dudando de si puede ser verdad; es el mayor alarde hecho hasta el presente de los asombrosos recursos que puede proporcionar la electricidad.



FACHADA DE LA CASA AURIORREMA



CALLE DE FERNANDO





La nieve, que durante el día no había dejado de caer por un solo momento, al llegar la noche cubría ya por completo, y hasta la altura de media vara, las calles de la populosa capital; el pobre golfito no sabía donde recogerse, pues ni aun podía utilizar los huecos de los portales a causa de la humedad que materialmente lo bañaba todo.

Errante, con las manos metidas en los bolsillos de su destrozada chaquetilla de alpaca, la mugrienta gorra calada hasta las orejas y dando diente con diente, la infeliz criatura vagaba de un lado para otro, como atontado gorrión que, habiendo perdido su nido busca inútilmente un lugar donde guarecerse y esperar tranquilo la nueva aurora.

Tras mucho andar, Juanillo se detuvo, medio alelado, ante un majestuoso palacio de lujosísima fachada, espacioso portalón y hermosos miradores, á través de cuyas vidrieras se percibía una inmensa y deslumbradora claridad, y se oía un rumor producido por la multitud alegre que, sin duda, bullía en el interior, bailando al compás de preciosos vals, interpretado por una notable orquesta.

Aquel edificio era la suntuosa morada de los señores duques del Río, que, en aquellos momentos, se encontraban rodeados de sus numerosos amigos, allí reunidos para celebrar, en agradable fiesta, la venida de sus respetables majestades, los reyes Magos.

Juanillo, curioso, con esa curiosidad infantil y atrevida propia del pobre golfito que todo lo busca, sediento de recibir impresiones con que recrear un tanto su mísera inteligencia acostumbrada á la eterna vulgaridad de las cosas trasnochadas, se aproximó cuanto pudo al soberbio edificio, y, con avidez, buscó diligente algún sitio apropiado para ser asaltado, y, encontrando una pequeña ventana cuya reja se permitía realizar su objeto, encaramóse por sus gruesos barrotes y se hizo dueño de uno de los más espaciosos miradores del palacio, que, por un descuido de los criados, hubo de quedar con las vidrieras entornadas.

Una vez en su observatorio, tan bizarramente conquistado, Juanillo, sin preocuparse de volver á cerrar la vidriera, no pudo reprimir una, casi imperceptible exclamación de sorpresa, al mirar en su derredor y advertir que aquel lugar, que él creía un balcón, era más bien un bazar de juguetes, á cual más delicado y hermoso.

Allí se encontraban, en confuso montón, infinidad de muñecos como payasos, bebés, soldados, frailes, monjas, cocineras, criados, niñas muy bien vestidas, cajas de sorpresas, cacharros de chinas, coches, máquinas, vagones, caballos, fasiles, sables, roses y, en fin, hasta una pequeña casa de labor con todos sus accesorios.

El golfito contemplaba medio atontado todas estas para él riquezas y sus trémulas manitas palpaban uno y otro objeto sin atreverse á examinar detenidamente ninguno.

Tras mil vacilaciones, se decidió, por último, á apoderarse de una caja de soldados; luego de recrearse en ellos, contemplándolos largo rato, fué sacándolos poco á poco y en un pequeño espacio libre que quedaba, comenzó á colocarlos formando pequeños pelotones; después cegó otra caja é hizo lo propio, siguiendo así hasta descenar las cinco ó seis que había.

Luego tomó un ros, un fusil y un sable y acomodándose todo, se puso á hacer maniobrar sus tropas, distribuyéndolas de mil distintas maneras, y dando órdenes en voz muy baja, más no por eso, falta de energía. ¿Cuánto tiempo llevó así? ¡Mucho! ¡Lo suficiente para quedarse profundamente dormido entre sus aguerridos soldados!

..

Al siguiente día, cuando los criados del palacio fueron á sacar del mirador los juguetes que los cariñosos reyes Magos dejaron en él para los chiquitines de sus señores, encontraron entre aquel montón de objetos un niño de unos seis años, bastante mal trajeado y al parecer dormido.

Repuestos de su sorpresa intentaron despertarle, notando entonces, no sin espanto que su pequeño cuerpecito estaba completamente frío, pero con ese frío característico de la muerte...

¡El pobre Juanillo había sido víctima de la horrible helada de aquella triste noche de invierno!

J. ROSUERO DE SEGURA





Ayuntamiento de Madrid





DECLARACIÓN DE GUERRA, cuadro de J. Linton





Había sido D. Juan en sus mocedades frenético galanteador y audaz aventurero; entre las mujeres tenía fama de *irresistible*, y entre los hombres la gozaba de discreto y valeroso; fué su juventud, para él, un destile no interrumpido de placeres y triunfos; sospechaba que la Providencia le había concedido á manos llenas el gozo de vivir y que el mundo era un gran juguete que Dios le brindaba para su recreo y esparcimiento; pero así que los años con su pesadumbre inexorable fueron agotando el brio de su juventud, así que las enfermedades combatieron su cuerpo, los desengaños afligieron su alma y las canas blanquearon su cabeza, comenzó á sentir la nostalgia de los pasados goces y le inundó el corazón de tristeza de la virilidad irre recuperable y perdida.

Cuando una mujer le dirigía la mirada inexpressiva que reservan para los viejos, sentía D. Juan el corazón oprimido y más ardientes las ansias de recuperar la juventud perdida, y á tal extremo llegó su preocupación insensata, que se tiñó las canas, restauró su dentadura sembrada de huecos y vistió á lo pollo, procurando imitar la vivacidad y los ademanes de la gente moza. La principal preocupación de D. Juan era que le amasen las mujeres, no por su dinero, sino por aquellos restos de su acabada naturaleza cuidadosamente afeitados, y como esto era muy difícil, y tal vez imposible de conseguir, andaba D. Juan devorando siempre en silencio la amargura de su decrepitud y de su soledad.

Quiso su desgracia que conociera en uno de los teatros que frecuentaba, á cierta joven francesa llamada Mademoiselle Durán, que aunque cantaba en francés *couplets* picantes lo hacía con tanta inocencia y candor que D. Juan creyó descubrir en ella un alma cándida, condenada por su desgracia á bordear abismos llenos de peligros.

Corroboró á D. Juan en su creencia el hecho de que la joven iba á todas partes acompañada de un hombre que decía ser su hermano; un M. Durán que tenía para con ella las más respetuosas atenciones y que era un fiel guardián no solo de la virtud sino de la reputación de la doncella.

D. Juan sostenía con la joven los más tiernos y amorosos coloquios, interrumpidos de vez en cuando por el hermano, que hablaba con ella algunas palabras en francés, totalmente incomprensibles para nuestro viejo verde.

No tardó mucho tiempo D. Juan en concebir la idea de burlar la vigilancia de M. Durán para tener una secreta conferencia con la joven, libres de la rígida vigilancia de aquel impertinente canchiberro. Al principio la niña, poniéndose encendida como la grana, rechazó indignada la proposición, asegurando á D. Juan que con ella nadie había hablado á solas, porque su hermano era muy pandonoso y velaba con mucho celo por el honor de su intachable familia; pero tan grande fué la insistencia de nuestro viejo conquistador, tantos sus ruegos, suspiros y súplicas, que al cabo de muchos días de incesante lucha, de la cual estaba ignorante el hermano, porque decía no comprender el español, la joven entregó á D. Juan un llavín de la puerta de su casa, asegurándole que á las dos de la mañana, cuando ya se hubiera retirado su hermano á sus habitaciones, podía entrar á verla y á conferenciar con ella libre y descuidadamente.

Atribuyó D. Juan el feliz éxito de aquella aventura á sus encantos personales, tan bien conservados por sus artísticos afeites, así como á las mieles y á las gracias de su elocuencia y de su ingenio, y en cuanto fué llegada la hora de la cita, tan ardientemente deseada, se encaminó á la casa de la francesa, y penetró en ella á favor de la llave que le había confiado. Procuró abrir sin hacer ruido y cerrar del mismo modo, en medio de la oscuridad más profunda, y á los pocos momentos percibió los suaves pasos y el rozar de las faldas que le anunciaban el término feliz de la aventura.



Condújole la francesa á un gabinete pequeño en cuyo fondo había un lecho velado por cortinas azules y á la derecha un pequeño velador sobre el cual se alzaba un modesto jarro de porcelana lleno de flores. Recomendó á D. Juan que no levantara la voz para no despertar el temible hermano porque sería capaz de quitarles la vida si descubría aquella evidente ofensa de su honra.

D. Juan sentóse al lado de su idolatrada joven y cogiéndole amoroso la diestra mano la dijo todas



las ternuras, flores y delicadezas de su más añejo repertorio y cuando creyó llegada la ocasión de hacer más ostensible su cariño, la francesa se apartó de su lado y se puso maquinalmente junto al velador que no tardó mucho en rodar por tierra arrastrando en su caída al jarro de porcelana que se hizo mil pedazos con estruendo.

A los pocos momentos entró en la habitación el hermano de la francesa, esgrimiendo un revolver en la diestra mano y diciendo en correcto español:

— Infames, vais á pagar cara vuestra perfidia.

D. Juan cubrió con su cuerpo á la dama y dijo resueltamente al francés que le daría satisfacción en el terreno que lo demandara, pero M. Durán respondió que aquello solo podía remediarse con una fuerte indemnización y que si se negaba D. Juan á firmar el documento que le mostraba por el cual se comprometía á pagar veinte mil francos á los hermanos Durán le saltaría la tapa de los sesos impunemente, puesto que de noche había allanado su casa y podía matarle allí mismo declarando después que le tomó por un la-

drón. La joven hizo que se desmayaba para cubrir con más facilidad el expediente y no pesar con tanta brusquedad y descaro de cándida paloma á timadora y el pobre D. Juan después de dejar en manos del taimado francés cuantas alhajas y dinero llevaba, rescató su vida á cambio de firmar el pagaré de los veinte mil francos que pusieron digno remate á la última aventura del viejo verde.

Desde entonces D. Juan se dejó sus barbas blancas y gozó de la paz de su vejez presente y solo con el recuerdo y la imaginación de las aventuras ya pasadas.

RAFAEL TORROMÉ

## UN AÑO MÁS

Arrancando las hojas del calendario y entre penas mezcladas con alegrías, por la escabrosa senda de este calvario así vamos pasando días y días, y, como en estas cosas no cabe engaño porque el tiempo las tiene muy bien dispuestas, al terminar Diciembre se cumple un año... ¡un año que es forzoso llevar á cuestras!

Un año, como todos, que ha transcurrido restando nuestras fuerzas con su partida; un año más que todos hemos vivido y un año que nos queda menos de vida.

Contemplando en Enero tras los cristales el pintoresco efecto de las nevadas, en Abril los paisajes primaverales, y en Agosto las noches embalsamadas por la brisa, que á veces nos trae rumores

como notas lejanas de una guitarra, otras veces perfumes embriagadores y vocinglero canto de la cigarra, empujando los unos hacia los otros así todos los años van transcurriendo, y así también pasando vamos nosotros y así todos nos vamos envejeciendo, hasta que el calendario de la existencia por fin marca el Diciembre de nuestra vida y como en estas cosas no hay preferencia, queda nuestra existencia desvanecida.

Y al término ¿que resta frente á la muerte? Un puñado de canas y desengaños. una oración, un llanto y un cuerpo inerte de un alma que ha pasado como los años.

JULIO DE HOYOS



## ¡Y NO VIENE!

Habían dado ya las once en el reloj del elegante gabinete donde Concha Luque, envuelta en airoso mantón chino y recostada sobre mullido diván de rojo terciopelo, esperaba la llegada de su señor dueño el marqués de Camporrubio.

¡Dos horas de aguarada eran para freir la sangre de la más cachazuda hembra!



Y Concha Luque se impacientaba de cada vez más, revolviendo en su imaginación los más fútiles incidentes que pudiesen darle la clave del retardo, ó tal vez de la ausencia.

De pronto recordó un incidente: el marqués no llevaba desde hacía tres días aquel alfiler de enorme solitario, famoso en todo Madrid por su incomparable brillo. ¿Qué habría hecho de él, constituyendo, como constituía su inseparable joya?

¿Qué sería? El era rico, á la verdad, pero lo que es ella capaz era de dar en tierra con la fortuna del mismísimo primer accionista del Banco, si la dejaban. ¡Pobre marqués! Bien podría ser que no se encontrase con fondos aquel día y se resistiese á comparecer sin la correspondiente carterita de billetes, para que de ellos sacase los que le pareciesen más bonitos.

Dieron las doce.

Concha Luque, nerviosa ya en extremo, murmuraba á cada momento:

—¡Y no viene! ¡Y no viene!

Por fin se oyó llamar.

Concha Luque se levantó corriendo y fué á recibir al marqués, cuya voz había reconocido en la antesala. Entró: pálido, muy pálido.

—Concha... estoy arruinado,—exclamó.—Acabo de perder el último billete en la ruleta. Cualquiera mendigo es más rico que yo.

Concha le miró impassible y repuso con la voz más tranquila del mundo:

—Quiere eso decir entonces... que quedan rotas nuestras relaciones.

—¿Te parece?—replicó el marqués.

—Pues, hombre, creo que podrías haberlo comprendido, y evitarte el venir aquí...

—No... tenía que venir... para eso.

Y sacándose del bolsillo un precioso revolver disparó contra Concha Luque, que cayó exánime, mientras el marqués, con la mayor sangre fría se marchaba á la calle, antes de que tuviera tiempo de acudir la doncella en socorro de su ama.

—¡Ella, al cementerio! ¡Yo, á Buenos Aires, si puedo!—murmuró.

RAMIRO MARTÍNEZ TELLO



## MENSAJERAS

Vuelan radas, presurosas  
las palomas mensajeras  
del dolor.  
Las que traen la alegría  
¡qué despacio! Nunca llegan...

Así hablo, impaciente,  
una carta de amor,  
una carta que no llega.  
En vano sus ojos miran,  
con lágrimas de tristeza  
el horizonte lejano,  
en donde el cielo y la tierra  
en el beso del misterio  
se confunden y se mezclan.  
¡De allí vienen presurosas  
las palomas mensajeras  
del dolor!  
¡Las que traen alegrías  
nunca parten, nunca llegan!  
¡Qué cansadas y abatidas,  
que tristes y que lentas  
las que traen los mensajes  
del amor!

Así gime, así solloza  
la enamorada que espera,  
con la dulce casaca  
recostada en el almohadón,  
donde el amante jurara  
enviar las mensajeras  
de su amor,  
con las alas presurosas  
de aquellas que siempre llegan,  
las que traen los mensajes  
del dolor.  
Y la niña desfallece  
torturada por la espera,  
las lágrimas en sus ojos,  
quemándolos se aglomeran,  
los sollozos en sus labios  
que juncos y rosas se encadenan.

y con lento silabeo  
la niña gime su pena:  
«El amante que me olvidó  
ha cumplido su promesa;  
las mensajeras que vienen  
del horizonte a mi reja,  
tienen pico de buitres,  
y tienen las alas negras  
y garras con que desgarran  
el corazón del que espera.»

¡Cállate, cierra los ojos,  
sus ojos gemientes temblan,  
su corazón ya no late,  
¡Qué hacia atrás su cabeza  
envuelta en el himbo de oro  
de su rubia cabellera.  
Y la niña, ¡oh, muy lejos!  
azulada la mensajera  
bate las alas despacio,  
perdiéndose en curvas lentas,

mientras aquel que la envía,  
en busca de la que espera,  
le grita con ansia loca:  
«¡Vuela, palomita, vuela!»

DIONISIO PÉREZ

J. Fayissa

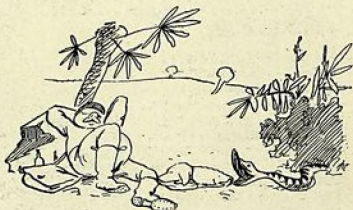


# TRANSFORMACION

POR C. CLAK



—¡Vamos a ver si tendré mejor suerte que ayer! ¡No caoé más que tres sabandijas!



—¡Durmamos! ¡La vida es sueño!



—¡Guái! ¡Guái! (como si dijéramos: —¡Qué se me llevan, amo mío!)



—¡Gleelos! ¡Vaya un despertar agradable!



—¡En fin, al llegar a casa aclararemos este misterio!



—¡Ya esta aclarado! ¡El perro se ha convertido en cocodrilo!

Con el p  
los señores  
res el cuad  
album JOY.

BIB

Esta Bib  
tornos en o  
páginas, co  
no, y conti  
asignes no  
dernos, pud  
la última p  
y la econo  
traducidas  
y puleritud  
el original.

Hasta ab  
siguientes t

*El asesin*

Carlos Barb

*Magdale*

L. Jacolliot

*El tesoro*

venson.

*El crime*

por L. Jaco

*Orso*, por

*El Hijo M*

*Las lágr*

nio Housay

*La necesi*

lio Perrin.

*Una orgie*

ny.

*Los cabal*

rique Syen

*El secreto*

lot.

*Solos*, por

*La Salam*

Para pedi

nistración d

za de Tetuá

I

Huye de

que vaya

tus bonda

pues con

te llegará

El prim

á la mujer

guarda ac

que por m

nos acord

RESERVADO



# PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 53.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

## BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromo, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

*El asesinato del Puente Rojo*, por Carlos Barabá.

*Magdalena la Mendiga*, por L. Jacoliot.

*El tesoro del pirata*, por L. Stevenson.

*El crimen del molino de Usor*, por L. Jacoliot.

*Orso*, por Enrique Syenkiewicz.

*El Hijo Maldito*, por H. de Balzac.

*Las lágrimas de Juana*, por Arsenio Housaye.

*La necesidad del crimen*, por Julio Perrin.

*Una orgía de sangre*, por A. Vignery.

*Los caballeros de la Cruz*, por Enrique Syenkiewicz.

*El secreto terrible*, por Adolfo Belot.

*Solos*, por Pedro Zaccane.

*La Salamandra*, por Eugenio Sué.

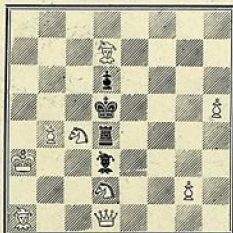
Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

Es tan claro como el Sol que en España y Polinesia no ha habido mejor magnesia que la del gran SAN-IMOL.

## Problema de ajedrez núm. 1

### POR NOVEJARQUE

Negras



Blancas

Las blancas juegan, y dan mate en 2 jugadas

9 blancas y 4 negras; 12 piezas

Alabado sea quien inventó el LADIVONSIM, ya que los callos hoy día no pueden hacer sufrir.

## GOTAS

Tras mil investigaciones, al cabo me he convencido que, el que es noble, con acciones lo prueba y no con blasones ni con ilustre apellido.

Según me han asegurado, becerro que fué lidiado es malo de capar y á mí, dos veces burlado, ¡tú me volviste á engañar!

Lo que más se ama, se olvida por una mujer querida; según en la Historia leo por la hija de Ptolomeo dió Marco Antonio honra y vida.

Te conozco y, á mi juicio, el único sacrificio que aceptarías gustosa es que te llamara hermosa, siendo más fea que Picio.

Al hombre, cuyas palabras no guardan conformidad con lo que hace en realidad, te aconsejo que no le abras las puertas de tu amistad.

Si es que me quieres, espero que me lo digas así: con el acento sincero con que digo yo: «¡Te quiero!» cuando te lo digo á ti.

Quien maltrata á un animal que no se mete con él, ni le causa ningún mal es, por regla general, más animal que es aquel.

Si te vas á confesar, al ver tu rostro hechicero que está convidando á amar ¡hasta el cura va á olvidar el mandamiento primero!

M. PÉREZ SERRANO

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

M. C.—Madrid.—Irás el cuento; la crónica habría perdido ya su oportunidad cuando se publicase.

J. O.—Madrid.—El artículo resulta incoherente y por lo mismo no se comprende bien el asunto.

M. R.—Sevilla.—No sirve.

P. L.—Barcelona.—Idem.

A. F. de C.—Madrid.—Irás la poesía.

C. O.—Valencia.—Nada de personalidades; si quiere usted decirle algo, hágalo cara á cara y no nos tome á nosotros por vehículo.

## BAGATELAS

Haye del adulador que vaya á tu alrededor tus bondades á cantar; pues con el mismo fervor te llegará á calumniar.

El primer beso que damos á la mujer que adoramos, guarda acaso tanta hiel que por mucho que vivamos nos acordaremos de él.

## PROVERBIO JEROGLIFICO PARA LOS HABLADORES

por Novejarque.



Las soluciones en el próximo número

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. — INSERTAR Ó NO, N.º SE DICE QUE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



SIAM



INFANTERÍA: SOLDADO